

aún las matemáticas « por distracción y recreo. » Manejando barajas es como se instruye Gargantúa en mil « invenciones nuevas que se relacionan con la ciencia de los números » y lo mismo sucede tratándose de la geometría y de la astronomía. Las artes recreativas, y sobre todo la esgrima, merecen también cuidadoso estudio. Gargantúa es un hombre monstruoso que hay que desarrollar en todos sentidos; para él, no son extrañas las bellas artes, música, pintura y escultura, y el héroe de Rabelais más que al hombre individual representa al ser colectivo que personifica la sociedad entera, con toda la variedad de sus aspiraciones nuevas, con toda la intensidad de sus múltiples necesidades. Mientras la Edad Media dejaba de propósito en la inacción ciertas tendencias naturales, Rabelais las provoca, verdad es que sin elección y sin discernimiento, con toda la fogosidad de una imaginación emancipada.

Educación religiosa. — Tanto para la educación religiosa como para todo lo demás, Rabelais es enemigo de la educación simplemente exterior y de pura forma. Búrlase de su Gargantúa que antes de su regeneración intelectual, cuando está todavía en la escuela de « sus preceptores sofistas » se dirige á la iglesia después de oír un almuerzo « para oír veintiséis ó treinta misas. » Á esa devoción externa, á ese abuso de las prácticas superficiales, sustituye el sentimiento verdadero de la piedad, la lectura directa de los textos sagrados: « Y mientras vestían á Gargantúa, se le leía alguna página de la divina Escritura (1). » Es más que eso todavía: es la adoración íntima y personal « del gran conformador del universo » excitada por el estudio de las obras de Dios. Apenas levantados, Gargantúa y su maestro Ponócrates consideran el estado del cielo y admiran la bóveda celeste. Por la noche, entréganse á la misma contemplación y tanto después de las comidas como antes de dormirse, Gargantúa eleva sus oraciones á Dios para adorarle, para

(1) Rabelais recomienda el estudio del hebreo á fin de que se puedan conocer los libros sagrados en su forma original. En alguna parte dijo: « Mucho más me gusta oír el Evangelio que oír la vida de Santa Margarita ó alguna otra mojigatería. »

confirmar su fé, para glorificarle de su bondad inmensa y para darle gracias por todo el tiempo pasado y encomendarse á él para lo futuro. La inspiración religiosa de Rabelais procede á la vez del sentimiento que provocó la Reforma protestante á la que poco faltó para que él se adhiriese también, y de tendencias más modernas aún, como verbigracia las que animan la filosofía deista de J.-J. Rousseau.

Educación moral. — Los que sólo conozcan á Rabelais de reputación ó por algunas de sus innumerables ocurrencias picantes, se asombrarán quizás de que el jovial autor pueda pasar por maestro de moral. Sin embargo, imposible es desconocer la sincera y elevada inspiración de pasajes como el siguiente:

« Porque según dice el sabio Salomón, sapiencia no entra en alma malévola y ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma, y te conviene servir, amar y temer á Dios, y poner en él todos tus pensamientos, toda tu esperanza... Mira como sospechosos los abusos del mundo. No des tu corazón á la vanidad; porque esta vida es transitoria, pero la palabra de Dios queda eternamente. Sé servicial con todos tus prójimos y ámalos como á ti mismo. Respeta á tus preceptores, huye de la compañía de aquellos á quienes no quieras parecerle y no recibas en vano las gracias que Dios te ha dado. Y cuando comprendas que tienes todo el saber adquirido así, vuelve á mi lado para que te vea y te dé mi bendición antes de morir. »

Montaigne (1533-1592) y Rabelais. — Entre Erasmo, el humanista erudito, enamorado exclusivamente de las bellas letras, y Rabelais, el novador audaz, que ensancha hasta donde es posible los límites del espíritu y hace entrar toda la enciclopedia del saber humano en el cerebro de su alumno, á riesgo de hacerlo estallar, Montaigne ocupa un lugar intermedio, por sus tendencias circunspectas y mesuradas, por su pedagogía discreta, moderada y enemiga de todo exceso. No parecía sino que Rabelais quisiera desarrollar igualmente todas las facultades y colocar á igual altura todos los estudios, letras y ciencias. Montaigne pide la selección; entre las diversas facultades, procura sobre todo formar el juicio y entre los varios conocimientos recomienda de preferencia los que constituyen espíritus rectos y sensatos. Rabelais cansa el espíritu y el cuerpo: sueña en una instruc-

aún las matemáticas « por distracción y recreo. » Manejando barajas es como se instruye Gargantúa en mil « invenciones nuevas que se relacionan con la ciencia de los números » y lo mismo sucede tratándose de la geometría y de la astronomía. Las artes recreativas, y sobre todo la esgrima, merecen también cuidadoso estudio. Gargantúa es un hombre monstruoso que hay que desarrollar en todos sentidos; para él, no son extrañas las bellas artes, música, pintura y escultura, y el héroe de Rabelais más que al hombre individual representa al ser colectivo que personifica la sociedad entera, con toda la variedad de sus aspiraciones nuevas, con toda la intensidad de sus múltiples necesidades. Mientras la Edad Media dejaba de propósito en la inacción ciertas tendencias naturales, Rabelais las provoca, verdad es que sin elección y sin discernimiento, con toda la fogosidad de una imaginación emancipada.

Educación religiosa. — Tanto para la educación religiosa como para todo lo demás, Rabelais es enemigo de la educación simplemente exterior y de pura forma. Búrlase de su Gargantúa que antes de su regeneración intelectual, cuando está todavía en la escuela de « sus preceptores sofistas » se dirige á la iglesia después de oír el almuerzo « para oír veintiséis ó treinta misas. » Á esa devoción externa, á ese abuso de las prácticas superficiales, sustituye el sentimiento verdadero de la piedad, la lectura directa de los textos sagrados: « Y mientras vestían á Gargantúa, se le leía alguna página de la divina Escritura (1). » Es más que eso todavía: es la adoración íntima y personal « del gran conformador del universo » excitada por el estudio de las obras de Dios. Apenas levantados, Gargantúa y su maestro Ponócrates consideran el estado del cielo y admiran la bóveda celeste. Por la noche, entréganse á la misma contemplación y tanto después de las comidas como antes de dormirse, Gargantúa eleva sus oraciones á Dios para adorarle, para

(1) Rabelais recomienda el estudio del hebreo á fin de que se puedan conocer los libros sagrados en su forma original. En alguna parte dijo: « Mucho más me gusta oír el Evangelio que oír la vida de Santa Margarita ó alguna otra mojigatería. »

confirmar su fé, para glorificarle de su bondad inmensa y para darle gracias por todo el tiempo pasado y encomendarse á él para lo futuro. La inspiración religiosa de Rabelais procede á la vez del sentimiento que provocó la Reforma protestante á la que poco faltó para que él se adhiriese también, y de tendencias más modernas aún, como verbigracia las que animan la filosofía deista de J.-J. Rousseau.

Educación moral. — Los que sólo conozcan á Rabelais de reputación ó por algunas de sus innumerables ocurrencias picantes, se asombrarán quizás de que el jovial autor pueda pasar por maestro de moral. Sin embargo, imposible es desconocer la sincera y elevada inspiración de pasajes como el siguiente:

« Porque según dice el sabio Salomón, sapiencia no entra en alma malévolá y ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma, y te conviene servir, amar y temer á Dios, y poner en él todos tus pensamientos, toda tu esperanza... Mira como sospechosos los abusos del mundo. No des tu corazón á la vanidad; porque esta vida es transitoria, pero la palabra de Dios queda eternamente. Sé servicial con todos tus prójimos y ámalos como á ti mismo. Respeta á tus preceptores, huye de la compañía de aquellos á quienes no quieras parecerte y no recibas en vano las gracias que Dios te ha dado. Y cuando comprendas que tienes todo el saber adquirido así, vuelve á mi lado para que te vea y te dé mi bendición antes de morir. »

Montaigne (1533-1592) y Rabelais. — Entre Erasmo, el humanista erudito, enamorado exclusivamente de las bellas letras, y Rabelais, el novador audaz, que ensancha hasta donde es posible los límites del espíritu y hace entrar toda la enciclopedia del saber humano en el cerebro de su alumno, á riesgo de hacerlo estallar, Montaigne ocupa un lugar intermedio, por sus tendencias circunspectas y mesuradas, por su pedagogía discreta, moderada y enemiga de todo exceso. No parecía sino que Rabelais quisiera desarrollar igualmente todas las facultades y colocar á igual altura todos los estudios, letras y ciencias. Montaigne pide la selección; entre las diversas facultades, procura sobre todo formar el juicio y entre los varios conocimientos recomienda de preferencia los que constituyen espíritus rectos y sensatos. Rabelais cansa el espíritu y el cuerpo: sueña en una instruc-

ción exagerada en la que se profundizaran todas las ciencias. Montaigne pide solamente que « se saboree la primera costra de las ciencias »; que se toquen sin agotarlas, que se pase sobre ellas ligeramente, « á la francesa ». Para él, más vale una cabeza bien hecha que una muy llena, y se trata no de acumular, de amontonar conocimientos, sino de asimilar los que una inteligencia despierta puede digerir sin fatiga. En una palabra, mientras Rabelais se sienta, por decirlo así, al banquete de la ciencia, con una avidez que recuerda la glotonería de las comidas pantagruélicas, Montaigne es delicado gastrónomo que quiere solamente satisfacer con discreción un apetito moderado.

Educación personal de Montaigne. — Á menudo, se vuelve uno pedagogo por recuerdo de la educación personal y esto fué lo que ocurrió á Montaigne. Su pedagogía es á la vez una imitación de los métodos que le aplicó un padre solícito y cuidadoso y una protesta contra los defectos y los vicios del colegio de Guyenne, al que entró á la edad de seis años.

La educación doméstica de Montaigne nos presenta el interesante espectáculo de un niño que crece libremente. « Mi alma, dice él mismo, fué educada con toda libertad y dulzura, sin rigor ni opresión. » Su padre, ingenioso en su ternura, lo despertaba todas las mañanas al sonido de instrumentos musicales, á fin de evitarle ese despertar brusco que dispone mal para el trabajo; y en todo practicaba con él esa disciplina moderada, á la vez que firme, indulgente é igualmente extraña al consentimiento y á la dureza, que Montaigne llamaba *dulzura severa*. Otra particularidad de la educación de Montaigne es la de que aprendió el latín como se aprende la lengua materna. Su padre le había rodeado de criados y preceptores que no le hablaban más que en latín y de ello resultó que á la edad de seis años estaba tan adelantado en la lengua de Cicerón que los mejores latinistas de su época « temían acercársele ». En cambio, entendía tanto de francés como de árabe. Indudablemente, el padre de Montaigne anduvo descaminado, pero de esta experiencia, Montaigne obtuvo, á lo menos, una idea justa: la de que los métodos seguidos comunmente para el

estudio de las lenguas muertas son demasiado lentos y mecánicos; que se abusa en ellos de las reglas y que no se concede al uso toda la importancia que merece: « El griego y el latín son una gran adquisición, dice, pero se compra demasiado cara. »

En el colegio de Guyenne donde pasó siete años, Montaigne aprendió á detestar los castigos corporales y el régimen severo de los internados de su época:

«... En lugar de atraer á los niños al estudio, no se les presenta, en verdad, más que horrores y crueldades. Evitad la violencia y la fuerza; en mi juicio, nada hay que bastardee y aturda tanto á una naturaleza bien nacida... Esa policía de la mayor parte de nuestros colegios me ha disgustado siempre... Es una verdadera jaula de juventud cautiva. Acercaos á ella y no oiréis más que gritos de niños martirizados y de maestros ebrios de cólera. ¡ Qué manera de despertar en esas almas tiernas y tímidas el gusto por su lección, llevándolas á ella con el látigo en la mano! ¡ Inicua y perniciosa forma! ¡ Cuánto mejor no estarían sus clases cubiertas de hojas y de flores que de pedazos de varas ensangrentadas! Yo pondría en ellas la Alegría, el Placer y Flora y las Gracias... ¡ Allí donde estuviera su provecho que se hallara también su distracción! »

Importancia de una educación general, no especial. — Si en varios capítulos de sus *Ensayos* (1) trató Montaigne algunas cuestiones de pedagogía, no se debió tan sólo al recuerdo de sus propios años de aprendizaje, sino también á que como filósofo cree que « la mayor dificultad é importancia de la humana ciencia parece estar en aquellas partes que tratan del alimento y de la instrucción de los niños. »

Él considera la educación como el arte de formar hombres, no especialistas. Así lo explica de una manera original y bajo forma de anécdota:

« Yendo un día á Orleáns, encontré en la llanura, aquende Cléry, á dos regentes que venían á Burdeos, próximamente á cincuenta pasos uno de otro: más lejos y detrás de ellos, ví una comitiva con su señor al frente, que era el finado conde de la Rochefoucault. Uno de mis criados preguntó al primero de los regentes quién era aquel gentilhomme que tras él venía; y el regente, que no había visto el

(1) Véase sobre todo el Capítulo XXIV del Libro I, de la *Pedantería*; el Cap. XXV del mismo libro: de la *Institución de los niños*; el Cap. VII del Libro II: de la *ternura de los padres para con los hijos*.

tren que le seguía y pensó que le hablaban de su compañero, contestó amablemente : « No es un gentilhomme, sino un gramático y yo soy un lógico. » Y como lo que nosotros queremos es formar un gentilhomme y no un gramático ó lógico, dejémosles que sigan su camino : nos esperan en otra parte. »

Cierto es que Montaigne dice gentilhomme y no hombre simplemente ; pero, en el fondo, su pensamiento es ya el mismo que el de Rousseau y de cuantos reclaman una educación general del alma humana.

Objeto de la instrucción. — Fácil es comprender, por esto, que las letras y los demás estudios no son para Montaigne más que el medio, el instrumento, y no el objeto, el fin de la instrucción.

El autor de los *Ensayos* no se deja vencer por la embriaguez literaria que en el siglo XVI se apoderó de algunos eruditos y convirtió el conocimiento de las letras antiguas en el ideal de la educación. Poco le importa que el alumno haya aprendido á escribir en latín ; lo que debe exigirsele es que se haya hecho mejor y más listo, que tenga el entendimiento más sano. « Si su alma no se ha mejorado, lo mismo me gustaría que hubiera pasado el tiempo en jugar á la pelota. »

Educación del juicio. — Montaigne expresó de cien maneras su pensamiento pedagógico que es el de la necesidad de formar el juicio. Sobre este punto deberían citarse páginas enteras :

«... Á tener en cuenta cómo se nos instruye ahora, no es extraño que ni colegiales ni maestros lleguen á ser más hábiles, aunque se hagan más doctos. En verdad que los cuidados y gastos de nuestros padres sólo tienden á llenarnos la cabeza de ciencia : del juicio y de la virtud pocas noticias. Gritad á nuestro pueblo, de un transeunte : « ¡ Qué hombre tan sabio ! » y de otro : « ¡ Qué hombre tan bueno ! » y las miradas y el respeto se dirigirán al primero. Necesitaríase un tercero que gritara : « ¡ Qué cabezas tan pesadas ! » Con gusto averiguamos si sabe griego ó latín, si escribe en verso ó en prosa ; pero lo principal, si se ha hecho mejor ó más juicioso, eso se queda atrás. Era preciso preguntar quién es mejor sabio, no quién es más sabio. »

« No trabajamos más que en llenar la memoria y dejamos vacíos el entendimiento y la conciencia. Á semejanza de los pájaros que van algunas veces en busca de grano y lo llevan en el pico, sin tocarlo, para darlo á sus polluelos, así nuestros pedantes van picoteando la ciencia en los libros y no la conservan más que en la punta de los labios, para echarla solamente al viento. »

Estudios recomendados. — El espíritu práctico y utilitario de Montaigne le dicta su plan de estudios. Con él, ya no se trata de penetrar en las honduras de las ciencias, y los estudios desinteresados no son cuenta suya. Si Rabelais quiso desarrollar las facultades especulativas, Montaigne, por el contrario, se preocupó de las facultades prácticas. Todo lo subordina á la moral. Es necesario, por ejemplo, aprender la historia no tanto para conocer los hechos cuanto para apreciarlos. No hay que grabar en la memoria del niño « la fecha de la ruina de Cartago, sino más bien las costumbres de Anibal y de Scipión ; ni en dónde murió Marcelo sino más bien porque fué indigno de su deber que muriese allí. »

Asimismo en la filosofía, Montaigne no estima y recomienda el conocimiento general del hombre y de la naturaleza sino las partes morales y de utilidad práctica :

« Maravilla que en nuestro siglo las cosas estén á la altura en que se encuentran ; que la filosofía sea, hasta para las gentes de entendimiento, un nombre vano y fantástico que por opinión y por efecto carece de uso y de precio. Creo que la causa de esto son los ergotismos que se han apoderado del terreno..... »

«... La filosofía es lo que nos enseña á vivir. »

Medios pedagógicos. — Montaigne no es partidario de la educación puramente de libro y confía mucho menos en éste que en la experiencia, el trato de los hombres, la observación de las cosas y las sugerencias naturales del espíritu :

« Para aprender á juzgar y á hablar, todo lo que se ofrece á nuestra vista puede servirnos de libro : la malicia de un paje, la tontería de un lacayo, un dicho de sobremesa, son otros tantos asuntos nuevos..... »

« El trato de los hombres y la visita á países extraños sirven esa causa admirablemente... para traer sobre todo los caracteres de esas naciones y sus maneras, y para frotar y limar nuestro cerebro contra el de los demás. »

«... La lección se dará ya por conversaciones, ya por libro..... »

«... El niño sondeará los alcances de todos : del boyero, del albañil, del transeunte. Hágasele adquirir honesta curiosidad hacia todas las cosas : verá cuanto haya de singular en torno suyo ; un edificio, una fuente, un hombre, el lugar de un combate antiguo, el pasaje de César ó de Carlomagno... »

Las cosas deben preceder á las palabras y en este punto Montaigne se adelanta á Comenio, á Rousseau y á todos los pedagogos modernos.

« Que nuestro discípulo esté bien provisto de cosas : ya vendrán después las palabras de sobra. »

« El mundo no es más que palabrería y nunca he visto hombre que no diga demasiado pronto más de lo que debiera. Sin embargo, en eso se gasta la mitad de nuestra vida y nos tienen cuatro ó cinco años oyendo las palabras, etc..... »

« No quiero decir con esto que no sea cosa hermosa y buena el hablar bien, pero no tan buena como se asegura, y me desconsuela el ver que en eso se emplea toda nuestra vida. »

Cómo debe leerse. — Montaigne ha criticado enérgicamente el abuso de los libros :

« No quiero que se encarcele á este niño, ni corromper su espíritu á semejanza de los demás, sometiénolo á la pena y al trabajo durante catorce ó quince horas diarias como un mozo de cordel; ni me parece conveniente que cuando por alguna compleción solitaria y melancólica se le viera entregado con aplicación demasiado indiscreta al estudio de los libros, se le alentara en ella : esto los hace ineptos para la conversación civil y los distrae de ocupaciones más provechosas. »

Pero á la vez que desapruueba el exceso en la lectura, define admirablemente de qué manera conviene leer. Sobre todo, dice, hay que asimilar y apropiarse lo que se lee. Aseméjese el trabajo del lector al de las abejas que liban aquí y allá los jugos de las flores y los convierten en miel que ya no es ni mejorana ni tomillo; ó en otros términos, léase con reflexión, con espíritu de crítica y dominando por el juicio personal los pensamientos del autor, sin dejarse nunca esclavizar por ellos incondicionalmente.

Defectos de Montaigne. — El mayor defecto de Montaigne consiste, fuerza es decirlo, en que carece un poco de corazón. Ligeramente egoísta y epicúreo, sólo ha celebrado la virtud fácil á la que se llega « por umbrosas sendas, floridas y perfumadas ». ¿Acaso practicó él alguna vez los deberes penosos y que exigen esfuerzo? Para querer á los niños espera á que sean amables, y mientras son pequeños, los desprecia y los aleja de él.

« No puedo comprender esa pasión de los que abrazan á los niños que apenas acaban de nacer, que no tienen ni movimiento en el alma ni forma reconocida en el cuerpo, por los que puedan hacerse amables; y nunca he consentido de buen grado en que se les críe cerca de mí (1). » — « No toméis nunca y no deis tampoco á vuestras mujeres el encargo de criar á vuestros hijos! »

Montaigne unió el ejemplo al precepto, y en alguna parte dice : « Todos mis hijos mueren en brazos de sus nodrizas. » Llega hasta decir que un hombre de letras debe preferir sus escritos á sus hijos : « Los partos de nuestro espíritu son más nuestros (2). »

Insuficiencia de las miras de Montaigne sobre la instrucción de las mujeres. — Otro defecto del espíritu de Montaigne es que su exceso de moderación y mesura lo limita demasiado. No le pidamos miras muy altas sobre el destino humano, pues lo concibe de un modo algo mezquino. Esta ausencia de concepciones amplias se manifiesta sobre todo en sus reflexiones acerca de la educación femenina. Montaigne es de aquellos que por falsa galantería quieren mantener á la mujer en la ignorancia, so pretexto de que la instrucción sería perjudicial para sus gracias naturales. Les prohíbe aun el estudio de la retórica, porque, según dice, sería « ocultar sus bellezas bajo bellezas extrañas. » Las mujeres deben conformarse con las ventajas que les da su sexo. Con la ciencia que naturalmente poseen, mandan como quieren y regentean regentes y escuelas. Sin embargo, hace algunas concesiones, pero hay en ellas aún más desprecio que en sus prohibiciones :

« Si no obstante, les disgustara el ceder en todo y quisieran por curiosidad tener parte en los libros, la poesía es una distracción propia de sus necesidades : es un arte agradable y sutil, locuaz, de puro placer y de puro aparato como ellas. »

Citemos todavía los siguientes pasajes (3) :

« Y ni nosotros ni la teología exijamos mucha ciencia á las mujeres..... »

(1) *Ensayos*, lib. II, cap. VIII.

(2) *Ensayos*, lib. III, cap. XIII.

(3) *Ensayos*, lib. III, cap. III.

«... Como le hablaran á Francisco, duque de Bretaña é hijo de Juan V., de su matrimonio con Isabel, hija de Escocia y agregaran que había sido educada sencillamente y sin ninguna instrucción en las letras, él contestó : « que era un motivo más para amarla y que una mujer era bastante sabia cuando sabia distinguir entre la camisa y el jubón de su marido. »

«... Cuando las veo dedicadas á la retórica, á la jurisprudencia, á la lógica y á otras materias tan vanas é inútiles para sus necesidades, entro en temores de que los hombres que las aconsejan así, lo hagan para poder regentearlas con tal pretexto (1). »

No se puede ya manifestar más desprecio para la mujer. Montaigne llega hasta negarle ciertas cualidades y, hablando de su hija adoptiva, la Srita. de Gournay, escápansele estas palabras : « La perfección de la muy santa amistad en donde no leemos que su sexo ha podido elevarse todavía..... »

Sea lo que fuera y á pesar de sus inmensos vacíos, la pedagogía de Montaigne es una pedagogía razonada de la que siempre merecerán ser admiradas algunas partes. Los jansenistas, Locke y Rousseau, en distintos grados, se inspirarán en Montaigne. Ciertamente es que en su época apenas fueron recogidas sus ideas por su discípulo Charron, que en el libro de *la Sabiduría* no hizo más que distribuir en orden metódico los pensamientos diseminados en los *Ensayos*; pero si no tuvo influencia en su siglo, Montaigne sigue siendo al menos, después de trescientos años, un guía seguro en materia de educación intelectual.

(1) *Op. cit.* Véase sobre todo el cap. XIV del libro III.

LECCIÓN VI

ORÍGENES PROTESTANTES DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA. LUTERO, COMENIO.

Orígenes de la enseñanza primaria. — Espíritu de la reforma protestante. — Calvino, Melanctón, Zwingli. — Lutero (1483-1546). Llamamiento dirigido á los magistrados y senadores de Alemania. — Doble utilidad de la instrucción. — Necesidad de una instrucción pública. — Crítica de las escuelas de la época. — Organización de las nuevas escuelas. — Programa de estudios. — Progreso de los métodos. — Los Estados generales de Orleans (1560). — Raticch (1571-1635). — Comenio (1592-1671) Su carácter. — Inspiración baconiana. — Vida de Comenio. — Sus obras principales. — División de la instrucción en cuatro grados. — Iniciación elemental en todos los estudios. — La escuela popular. — Condiciones de la escuela. — Intuiciones sensibles. — Simplificación de los estudios gramaticales. — Principios pedagógicos de Comenio.

Orígenes de la enseñanza primaria. — Con La Salle y la fundación del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, saluda el historiador de la pedagogía los orígenes católicos de la enseñanza primaria; en los decretos y leyes de la Revolución francesa, sus orígenes laicos y filosóficos; pero á los reformadores protestantes, á Lutero desde el siglo XVI y á Comenio en el siglo XVII, es á quienes corresponde el honor de haber sido los primeros en organizar escuelas populares. En sus principios, la enseñanza primaria es producto protestante y la Reforma fué su cuna.

Espíritu de la reforma protestante. — El desarrollo de la instrucción primaria era la consecuencia lógica de los principios fundamentales de la reforma protestante; y como lo dijo M. Michel Bréal : « Al hacer al hombre responsable de su fé y al colocar en la Escritura Santa la fuente de esa fé, la Reforma